

Literatura oral e investigaciones de campo. Balance y perspectivas*

David GONZÁLEZ RAMÍREZ y David MAÑERO LOZANO

(Universidad de Jaén)

david.gonzalez@ujaen.es / dmanero@ujaen.es

ORCID ID: 0000-0001-5244-4883 / 0000-0002-6048-9165

Con el propósito de paliar la carencia en España de publicaciones que recogiesen «los ricos y valiosos materiales» del folclore, Demófilo fundó en 1882, inaugurando la Sociedad para la recopilación y estudio del saber y de las tradiciones populares «El folklore español», su *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, en la que reunió valiosos estudios sobre los cuentos populares, los juegos infantiles de Extremadura, el cancionero popular gallego, etc. Solo unos años antes, como nos recuerda José Luis Agúndez, se había creado *La Enciclopedia* (1877), una publicación que propició una nueva forma de entender lo popular y en la que hay que fijar la génesis de la *Biblioteca* machadiana. Su intención, de cualquier forma, iba más allá, y quiso también alentar investigaciones complementarias referidas a las lenguas peninsulares (vocabularios, colecciones de modismos, etc.). Este ambicioso proyecto intercultural, del que solo salieron unos cuantos títulos, pero en el que se implicaron personalidades como Emilia Pardo Bazán, ha sido el punto de arranque de tantas otras empresas animadas por un espíritu análogo.

Pero hay que retroceder varios siglos para localizar en la tradición española los primeros intentos de materialización de nuestro patrimonio oral en alguna de sus manifestaciones. En el siglo último de la Edad Media surge un incipiente interés por registrar parte de nuestra filosofía vulgar (como más tarde la denominaría Mal Lara) gracias al impulso del Marqués de Santillana. Al él se le atribuye una colección de *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, anotada con anterioridad a su muerte, producida en el año 1458, aunque se publicó en 1508 en la imprenta sevillana de Jacobo Cromberger. A esta obra, que puede considerarse la primera compilación organizada de discursos folclóricos que llegó a la imprenta en España, le seguirán en ese mismo siglo las de Hernán Núñez, Pedro Vallés, el mismo Juan de Mal Lara, Sebastián de Orozco y Francisco del Rosal, de las que se servirá Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), obra de recopilación y comentario que ha sido venerada por los folcloristas españoles como la primera extensa, sistemática e incluso fiel a los versos y prosas del folclore. En ese siglo también vieron la luz publicaciones varias de cancioneros y pliegos de cordel, tan admiradas y estudiadas por Rodríguez-Moñino, que se difundieron impresas (en colecciones o sueltas) en el Renacimiento.

* Este trabajo se ha realizado en el marco de dos proyectos de investigación: «Literatura de tradición oral de la comarca de la Sierra de Segura» (Plan de Apoyo a la I+D+I 2014-2015 de la Universidad de Jaén. Referencia: UJA2014/06/27); y «El patrimonio literario oral de la comarca de la Sierra Sur de Jaén. Documentación, tratamiento archivístico digital y estudio» (proyecto de I+D+I competitivo del Instituto de Estudios Giennenses. Referencia: 2016/00233/001).

El siglo XIX trajo consigo una revalorización de los caracteres nacionales, lo que auspició el trabajo recopilatorio de numerosos aficionados que, para preservar el signo identitario de un lugar, comenzaron a fijar las razones de una nueva ciencia: el folclore, cruce de caminos de varias disciplinas como la literatura, la etnografía, la musicología, la antropología, etc. Al tiempo que los viajeros que venían a conocer nuestra cultura se interesaban por resaltar la importancia de los gitanos andaluces como transmisores de poesía viva, como nos recuerda Carmen de la Vega en referencia a la anécdota narrada por Antonie Latour en su *Viaje por Andalucía*, los españoles sentían que tenían que volver la mirada sobre sí mismos para patrimonializar un bien de interés nacional como la literatura oral. Desde las décadas finales del siglo XIX y hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936, una entidad como la Institución Libre de Enseñanza, a través de una gran cantidad de iniciativas entre las que descollaron las Misiones Pedagógicas, entendió que había que consagrarse esfuerzos para conservar y estudiar la cultura popular del pueblo español.

Desde entonces, un importante número de revistas ha dado cuenta o sigue haciéndolo de los avances en el trabajo de recogida de testimonios. La titulada *El Folklore Andaluz. Órgano de la Sociedad de este nombre*, que estuvo viva e impulsada por el entusiasta Machado y Álvarez en los años 1882 y 1883, fue la primera publicación periódica y positivamente científica que se propuso sacar adelante un ambicioso plan de estudios de la tradición oral y la cultura popular. A este proyecto siguió *Demófilo. Revista de cultura tradicional de Andalucía*, que abrió una importante senda para las publicaciones periódicas de esta naturaleza, como la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, las *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore «Hoyos Sáinz»*, la *Revista de Folklore*, o, en fechas más recientes, los *Cuadernos del Baile de San Roque*, el *Boletín de Literatura Oral* o los *Estudios de Literatura Oral Popular*.

Estas publicaciones, dedicadas al estudio del patrimonio inmaterial, funcionan como complemento de los bancos documentales que desde instituciones públicas y proyectos particulares se están desarrollando desde hace años. Es el caso emblemático del Archivo de Tradición Oral de la Fundación Joaquín Díaz, al que se encontrarán continuas referencias en muchos de los estudios que recoge este volumen. Del mismo modo, Carme Oriol ha estudiado, en el artículo con que ha contribuido a este libro, los fondos documentales del Arxiu de Folklore (<http://www.arxiudefolklore.cat/>) que está en desarrollo en Cataluña desde la década de 1980, en el que se albergan materiales sobre diversos géneros etnopoéticos; pero existen además otros centros documentales con formato de plataformas digitales, también inventariados en las presentes páginas, como la creada por Alfredo Asián de Navarra y Baja Navarra (www.navarchivo.com), la conocida como *Galicia encantada. Enciclopedia de Fantasía Popular de Galicia* (<http://www.galiciaencantada.com>), sobre la que nos habla en estas páginas Antonio Reigosa, el Cançoner 2.0 creado por la «Casa Museu Pare Ginard» y del que da cuenta Caterina Valriu, el *Archivo Sonoro de Tradición Oral* del Instituto de Estudios Altoaragoneses (<http://www.sipca.es/>), el portal sobre la cultura oral de La Rioja (www.riojarchivo.com) que ya cuenta con alrededor de un millar de entradas almacenadas, el extraordinario proyecto llevado a cabo por Maximiano Trapero, denominado «Archivo Sonoro de Literatura Oral de Canarias» e integrado en la Memoria Digital de Canarias de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (<http://mdc.ulpgc.es/cdm>), al que alude Andrés Monroy, o el *Corpus de Literatura Oral* (<http://www.corpusdeliteraturaoral.es/>), base de estudio de la aportación de Marta Urea

Herrador. A estos habrá que unir en breve el Cancionero Soriano, que ya está anunciado en este volumen por David Álvarez.

La alianza de las publicaciones en papel y de los proyectos digitales se está convirtiendo en una magna contribución colectiva que se entretiene en silencio, con el entusiasmo no solo de estudiosos que han dedicado parte de su trayectoria a la literatura oral o de equipos de colaboradores que han sumado esfuerzos para promover proyectos de investigación, sino también de quienes han sufragado ediciones de autor —con echar un vistazo a la bibliografía aquí agrupada nos percataremos de la importancia de estas iniciativas personales— y de organismos locales que han apostado por apoyar este tipo de trabajos. Este volumen ha querido de alguna forma otorgarle unidad de sentido a esos proyectos que de forma independiente se han venido construyendo en España en torno a la literatura oral, un auténtico valor en alza, como prueba el aumento de encuentros científicos, publicaciones, tesis doctorales y proyectos de investigación en el ámbito académico.

Desde hace varias décadas, los nuevos canales de comunicación que han surgido han cambiado la forma de sociabilización y de algún modo han ido desanudando los vínculos seculares de entretenimiento; la creación de una nueva sociedad ha provocado que surjan nuevos elementos que, como queda sombríamente profetizado en *Fahrenheit 451*, supongan un claro peligro para la literatura, en este caso para la de transmisión oral. Ahora nos ha quedado, como en ese edén ideado por Ray Bradbury, el ámbito educativo, convertido en un reducto esperanzador e ilusionante para nuestro patrimonio inmaterial, que está logrando reconquistar el espacio formativo. Como nos recuerdan Acuña y Garrosa, en este momento «la literatura de tradición oral forma parte del currículum» de la Educación Primaria y Secundaria. Esta decisión política en todo caso tiene que ir acompañada de una implicación del profesorado; a lo largo de los estudios que contiene este volumen (José Luis Forneiro, Carmen de la Muela, etc.) vemos cómo muchos proyectos han sido acometidos gracias al fervor de los profesores en las aulas, crucial para propiciar campañas de recopilación que han servido posteriormente para numerosos estudios particulares o de conjunto. En diferentes centros universitarios, la literatura oral ha logrado sobrevivir a las reformas y contrarreformas, y en otros hasta se ha llegado a incluir en la oferta de estudios (bien en grado, bien en posgrado). A poco que sepamos valorar el tesoro que tenemos entre las manos, los estudiantes encontrarán aquí un importante campo en barbecho.

El volumen que ahora ve la luz sale impulsado por el interés conjunto y sostenido que David Mañero Lozano y la Universidad de Jaén vienen demostrando por la tradición oral. En el año 2009, el prof. Mañero Lozano puso en marcha, en el marco de un proyecto de innovación docente y con la colaboración de varios compañeros del Departamento de Filología Española, una plataforma digital (*Corpus Digital Giennense*) que estaba circunscrita en sus inicios al ámbito provincial de Jaén. De forma paralela, fundó una publicación de carácter anual, *Boletín de Literatura Oral*, cuyo primer número apareció en 2011 (y que ahora inaugura con este volumen su serie de números extraordinarios). Fue este el germen de una iniciativa que a día de hoy ha sido respaldada por varios proyectos que han permitido la refundación del espacio digital en un ambicioso *Corpus de Literatura Oral*, que tiene como objetivo prevalente conservar y difundir la literatura de transmisión oral del ámbito hispanohablante. A la redimensión del corpus ha contribuido la incorporación de los archivos personales de José Checa Beltrán, José Manuel Pedrosa, Luis Miguel Gómez Garrido, Fernanda María Martínez Reyes, Jerónimo Anaya Flores, Alberto Alonso Fernández, etc. A día de hoy el *CLO* cuenta con una

nómina de colaboradores, expertos en diferentes áreas (literatura, antropología, lingüística, musicología, etc.), y almacena entrevistas y conferencias impartidas en el marco del Seminario de Literatura Oral, una actividad formativa que se lleva a cabo para estimular el estudio de la literatura oral y promover su recuperación entre los estudiantes de la Universidad de Jaén.

Este libro, que nace al calor de aquella idea seminal del 2009, quiere contribuir a poner en diálogo con el lector a los diferentes estudiosos de la práctica totalidad de las regiones de España, considerando también la tradición sefardí. El intento de aglutinar un amplio número de trabajos encierra un doble alcance. De un lado, sus autores se han propuesto plantear un *status quaestionis* sobre la labor emprendida y culminada sobre los temas trabajados (lírica, narrativa, etc.), mientras que de otro lado han intentado indicar los caminos que aún están por roturar. Este es el lazo imaginario que le da coherencia y relevancia estructural a este número monográfico; la formulación bipartita ha originado que en muchos artículos se haya bosquejado en su parte inicial un apretado mapa histórico-geográfico para situar el lugar y dar cuenta de su riqueza cultural (La Rioja, Zamora...).

Cuando este libro que sale ahora en letra de molde se proyectó, nació con la idea (es decir, con *el ideal*) de que todas las zonas de España (sin olvidar, insistimos, la tradición sefardí) y todos los géneros que podríamos entender como tradicionales quedasen contemplados. Es obvio que la empresa era, por su espíritu, imposible de acometer; pero justamente por eso soltó amarras. Desde el inicio nos servimos de un guía que conoce todo lo hecho y por hacer sobre este campo: José Manuel Pedrosa. Para nosotros ha sido el quicio que nos ha permitido abrir la puerta de esta andadura. Nos ayudó a focalizar temas y géneros, a contactar con autores y, en definitiva, a diseñar desde su planta un volumen que nunca hubiese sido igual sin su magisterio y generosidad; la deuda contraída es impagable. Su trabajo, con el que se abre este volumen, es buena muestra de su preeminencia en los estudios sobre folclore. Al proyectar nuestro *desideratum* inicial entendimos rápidamente que siempre quedarían zonas sin cubrir o géneros por asediar, unas veces porque no encontramos a la persona que mejoraría responsabilizarse del encargo, otras sencillamente porque el mismo volumen imponía unas limitaciones. Y, sin embargo, otras regiones (como Andalucía, Aragón o Galicia, por ejemplo) han sido tratadas con mayor exhaustividad.

Las dimensiones que ha adquirido el volumen apuntan a ese intento totalizador, pero quijotesco, al que nos referímos. El resultado último ha combinado estudios más abarcadores (como los de José Manuel Fraile Gil, María Bulnes, Asier Astigarraga, Alfredo Asiáin y Javier Asensio y Nicolás Asensio sobre las tradiciones orales en Madrid, Cantabria, el País Vasco, Navarra y La Rioja, respectivamente) con otros más específicos (valgan como ejemplos los de Ángel Gari sobre la religiosidad popular en torno al territorio aragonés, el trabajo de Carme Oriol sobre los fondos documentales de narrativa oral en Cataluña o el estudio de María Jesús Ruiz sobre el corpus poético-musical gaditano). Con una misma intención de partida, se ha llegado a una diversidad de resultados que prueban tanto la riqueza de trabajos de campo como la pluralidad de enfoques que permiten emprender nuevos estudios.

Por tanto, creemos que el esfuerzo ha merecido la pena, pues aunque haya carencias, estas podrán suplirse a partir de ahora teniendo en consideración esta pequeña hoja de ruta. El trabajo por los diferentes lugares, tradiciones y géneros ha llevado aparejado no solo un importante esfuerzo de actualización bibliográfica, sino un intento de descubrir lo no conocido, de acercarse a zonas apenas exploradas y emprender nuevas tareas de

campo. Posiblemente, todavía permanecen parcialmente en barbecho terrenos como el estudio de las relaciones entre la literatura oral y la música. Varias contribuciones de este volumen (como la de José Manuel González Matellán, Carlos Porro o Joan V. Sempere y Àlex Torres) se han centrado en esta línea de trabajo, pero aún faltan aportaciones especializadas de musicólogos como las que aquí han presentado Francisco García, Herminia Arredondo, Virginia Sánchez e Isabel M.^a Ayala, para entender mejor cómo los trabajos de musicología pueden iluminar la tradición oral.

A su modo, el monográfico que el lector tiene ante sí es el resultado de este siglo y medio de trabajo sistemático sobre la literatura oral, desde que Machado y Álvarez se propusiera hacer de esta labor algo más que un ejercicio de recreación. En las treinta y cuatro contribuciones que forman este volumen muchos nombres, como ejes vertebrales de una ciencia *in progress*, se entrecruzan, comenzando por Antonio Machado y Álvarez y alcanzando hasta Ramón Menéndez Pidal y María Goyri, Julio Caro Baroja, Diego Catalán Menéndez-Pidal, Samuel G. Armistead, Pedro M. Piñero, Joaquín Díaz, José Manuel Fraile Gil y José Manuel Pedrosa (los cuatro últimos con un vínculo determinante en este volumen). El trabajo que todos han sacado adelante ha servido como un antídoto contra el efecto devastador del tiempo. Sin embargo, lo que para Menéndez Pidal fue una forma de investigación, que le permitió comprender mejor aquello que él denominó los *caracteres de la literatura española*, ahora se ha convertido en un trabajo de responsabilidad y solidaridad con nuestra cultura literaria tradicional.

Le comentaba Lope de Vega a Marcia Leonarda que en otros tiempos los cuentos «se sabían de memoria y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos». Pero hubo un momento en el que se decidió trasladar a un soporte duradero esos testimonios que milenariamente habían sido objeto de recordación y contribuido a crear una conciencia de identidad colectiva. Resulta asombroso saber que todavía existen en el mundo hispanohablante relatores de historias, que, como el «hablador» de Vargas Llosa, recorren poblados contando fábulas con las que mantienen viva la llama de amor de la oralidad. Que de forma paralela se estén desarrollando nuevos modelos digitales de conservación nos obliga a aceptar la existencia de universos paralelos. Este último y moderno impide que perdamos el rastro del primero, pero por el camino se extravía la posibilidad de recreación, de personalización y enriquecimiento de los textos orales.

Como empresa colectiva que es, los coordinadores queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a todos los colaboradores por el entusiasmo con el que acogieron nuestra propuesta y el rigor con el que han emprendido la tarea encomendada. Todos asumimos que este número monográfico quiere plantear sugerencias, futuros acercamientos, nuevos asedios críticos... La literatura oral es un campo fertilísimo que ha estado en continuo dinamismo y esa razón debe permitirnos sacar beneficios comunes. Cuando leemos en una versión infantil el famoso cuento de la lechera o cuando vemos una adaptación filmica de Aladino repentinamente nos estamos situando en el vértice de una tradición ancestral; hoy leemos obras como el *Panchatantra* o las *Mil y una noches* con una serie de cuentos ya fijados, codificados por una tradición escrita, sin pensar siquiera que son el resultado de un viaje en el tiempo por diferentes culturas, que fueron productos inacabados, obras abiertas y en continua gestación, que nunca han dejado de pertenecer, como hubiese gustado decir a Rodríguez Marín, a Juan del Pueblo. Mantener viva esa tradición es preservarla, estudiarla y divulgarla.

